
"LEVIATÁN"

LA BÚSQUEDA DE UNA TEORÍA

Ángel Merino

análisis y debate



4

La medida histórica del tiempo y la medida cronológica no siempre coinciden. Este ya pasado 1.º de Mayo de 1984, junto con la efemérides, hubiéramos podido celebrar el cincuentenario de la publicación del primer número de *Leviatán*, la conocida, polémica y silenciada revista que creó y dirigió don Luis Araquistain durante los años más convulsos que se han vivido en España en lo que va de siglo. Pero la asociación de ambas conmemoraciones habría quizá parecido en exceso forzada, una paradoja. No hay ninguna relación histórica entre la *Leviatán* que apareció aquel 1.º de mayo de 1934 y las circunstancias en que se ha celebrado el 1.º de Mayo de este año. Hace siete años todavía era posible, para las generaciones actuales, encontrar algún hilo conductor que les permitiera establecer una conexión con la revista, algo que les ayudara a comprender su significado en el período de su publicación, desde mayo de 1934 a julio de 1936. Hoy se contempla *Leviatán* mucho más distante en el tiempo histórico que, por ejemplo, las concepciones del Partido Socialista como el partido nacional, frecuentes entre los intelectuales de los años diez y aún de los años veinte.

Lo cual no debe interpretarse como el alejamiento definitivo de *Leviatán*, siempre en el tiempo histórico, porque tal vez la evolución del acontecer nos acerque de nuevo a la revista.

Es probable que *Leviatán* ejerciera alguna influencia en el curso de los acontecimientos de aquellos años. Al menos, en el pensamiento de los que buscaban con mayor ahínco una salida a la situación revolucionaria que estaba planteada y que más contribuyeron a encauzar hacia tal salida los comportamientos de las masas. Sin embargo, no creo que el desarrollo de los acontecimientos se hubiera alterado un ápice, aunque *Leviatán* no se publicara. Más bien la revista constituyó un intento de aprehender teóricamente lo que estaba sucediendo y una búsqueda de soluciones en la perspectiva revolucionaria. Sin remontarnos más allá del 14 de abril de 1931, es preciso anotar que ni en el momento de la proclamación de la República ni en el desenvolvimiento posterior, incluso hasta después de desatada la guerra civil, hubo en el movimiento socialista una concepción clara del proceso histórico en que se encontraba inmerso y en el que actuaba como principal protagonista político. Las mismas referencias de Araquistain, en agosto de 1934, a la democracia parlamentaria que «no conduce, en el régimen capitalista, al socialismo, ni siquiera a la consolidación de ese reformismo social que torpemente muchos consideraban y consideran aún como socialista y cuyo progreso se creía constante sin estancamientos ni retrocesos, hasta que un día apareciera mágicamente completo en el socialismo integral» (*Leviatán*, n.º 4, I época), demuestran hasta qué punto la ilusión democrática del 14 de abril había anegado la capacidad de observación y de análisis de la realidad histórica, si es que alguna vez se tuvo. Lo curioso es que una vez desvanecidas las ilusiones democráticas, aunque persistiera, como era lógico en la circunstancia, el respeto y defensa de sus formas, este respeto llevara a actitudes como la mantenida por Largo Caballero la noche del 18 al 19 de julio de 1936, limitándose a respaldar un gobierno que entregara las armas al pueblo, en lugar de hacerse él cargo del gobierno, respondiendo así a las aclamaciones de la masas en las calles de Madrid y a las necesidades del momento revolucionario. Si el esfuerzo realizado por *Leviatán* de proporcionar una formación teórica que sirviera de fundamento a las actitudes precisas que habrían de adoptarse en las situaciones que ya se preveían hubiera logrado inculcar en los principales actores la noción del momento histórico, de su carácter revolucionario, el respeto por las formas democráticas se habría disipado como la ilusión del 14 de abril, y muy probablemente el movimiento socialista no hubiera actuado a remolque de los acontecimientos.

Con la proclamación de la República el pueblo español desembocó en un proceso revolucionario para el cual no estaban preparadas las organizaciones obreras ni, por supuesto, sus dirigentes. Los primeros meses de euforia por el cambio de régimen político, que se había producido pacíficamente —lo que llenaba de orgullo a socialistas y republicanos— transcurrieron sin conflictos importantes. La crisis económica apenas afectaba todavía a España. Renacía la esperanza en el regeneracionismo conducido desde el poder político, aunque el poder real permanecía en manos de los estamentos tradicionales, con su red caciquil que había constituido el instrumento más sólido de dominio desde la Restauración. El problema esencial, económico y social, la situación del campo, no podía siquiera abordarse sin quebrar previamente las estructuras del poder real. Pero la República en que pensaban sus intelectuales, más juristas que economistas, no contemplaba sino el establecimiento de un sistema constitucional que garantizara las libertades formales. Como mucho, la aspiración a realizar algunas reformas que paliaran los desequilibrios sociales más candentes. Había mayor preocupación por imponer el laicismo del Estado que por el sistema de la propiedad agrícola y el régimen de producción.

La tesis tantas veces repetida, entonces y ahora, de que lo primero es establecer el ordenamiento jurídico no es, en rigor, sino el subterfugio para eludir las transformaciones económicas y sociales, cuyos tenor y carácter son precisamente los que determinan la forma política, ese ordenamiento jurídico. Aun sin darse cuenta de ello lo reconocían las palabras de Indalecio Prieto, en el Congreso del Partido Socialista celebrado en 1932, cuando, en respuesta a las protestas por la presencia de ministros socialistas en el Gobierno y la ausencia de las esperadas transformaciones económicas y sociales, dijo que los socialistas habían tenido que dedicarse a apuntalar el régimen en lugar de ocuparse de la misión propia como representantes de la clase trabajadora. De nuevo la idea del partido nacional, del partido que carga sobre sus hombres la responsabilidad de conservar un sistema contra el que ha combatido y que rechazan las masas que representa, para mantener unas formas políticas cuya perduración no estaba garantizada, puesto que el nuevo régimen no disponía de los poderes reales, en manos, como hemos apuntado antes, de las oligarquías del antiguo. Habría que esperar a la salida de Largo Caballero del Gobierno, en mayo de 1937, para que en un artículo de Araquistain (citado por Marta Bizcarrondo) se reconociera, refiriéndose a la guerra, considerada como guerra revolucionaria, la correspondencia entre las estructuras socio-económicas y las formas políticas, en este caso entre la consolidación de la revolución y la conducción de la guerra. (Aparte del artículo citado, estos conceptos fueron recogidos por el autor de este trabajo en conversaciones mantenidas en el curso del año 1938 con Araquistain, Caballero y Baráibar.) Así ahora la tesis, defendida por el Partido Comunista, de «primero ganar la guerra», que en la conciencia de las masas equivalía a despojar al esfuerzo bélico de su razón de ser, introducía la división y encaminaba a la derrota, correspondía a la tesis «primero el ordenamiento jurídico», que había preparado las condiciones adecuadas para la destrucción del régimen democrático.

La esperanza en las posibilidades reformistas que ofrecía el régimen no tardaron en disiparse ante la ofensiva patronal, principalmente en las zonas rurales, donde nada se hacía —ni se hizo— para desmontar la red caciquil, que en todos los lugares disponía del aparato coactivo. Mientras se discutía la Constitución se impacientaban los jornaleros del campo y los obreros de las ciudades, incluso los afiliados a la UGT, más inclinados, a pesar de los discursos de sus dirigentes, a secundar las acciones emprendidas por la CNT. Un ejemplo significativo del ascenso revolucionario de las masas y de la situación contradictoria en que se hallaba sumido el Partido Socialista se puso de manifiesto en el mes de noviembre de 1931, cuando Trifón Gómez logró evitar la huelga de ferroviarios que costó varios miles de afiliados al sindicato ugetista. Con razón anotaba Azaña en su diario los primeros días de noviembre: «Si la presencia de los ministros socialistas no sirve para evitar el conflicto, ¿para qué sirve?». No se puede expresar más claramente la función que los representantes del ordenamiento jurídico burgués asignaban al Partido Socialista. La réplica, desde la clase trabajadora, era: «si la presencia de los ministros socialistas no sirve para realizar las transformaciones sociales y económicas, ¿para qué sirve?». No hacía falta esperar a las elecciones de 1933 para percatarse de la revolución que se estaba fraguando. Ni a las crisis políticas de ese año para advertir que la presencia de los socialistas en el Gobierno había dejado de ser útil desde el momento en que ya no servían para contener los movimientos de las masas. Es decir, desde que se comprendió que la radicalización de las masas de trabajadores rebasaba a sus dirigentes y los obligaba a radicalizarse a su vez.

Ante la creciente marea revolucionaria, el grupo más conservador del Partido Socialista —no es muy adecuado el calificativo de reformista, puesto que reformistas eran todos los dirigentes¹—, encabezado por Besteiro, a pesar de que era visible la

imposibilidad de frenar los impulsos de las masas obreras, intentó, vanamente como es sabido, impedir que las organizaciones se radicalizaran siguiendo el movimiento de las masas. Hay que anotar que este movimiento de las masas de trabajadores, más que adelantarse se había gestado como respuesta al movimiento de signo reaccionario, y no menos difícil de frenar, que se producía entre las masas que se alineaban con las formaciones derechistas. (La imposibilidad de contener el impulso de las masas reaccionarias se reveló durante el «bienio negro», cuando el mismo Gil Robles se encontró rebasado por sus huestes.) En esta situación, la tendencia radical del Partido Socialista —las posiciones de Largo Caballero— no tenía que realizar grandes esfuerzos para contrarrestar las tesis de Besteiro. Fueran o no teóricamente acertados sus argumentos, los caballeristas, al incorporarse a la corriente de las masas, no sólo desplazaron fácilmente a los conservadores del partido sino que dejaron al descubierto la ambigüedad y contradicciones de Prieto, antes impulsado por reacciones temperamentales frente a la circunstancia que por una concepción clara de la evolución de los acontecimientos y una línea de conducta consecuente. Pero, al mismo tiempo, los caballeristas asumían la responsabilidad de encauzar la acción revolucionaria, de proporcionarle un contenido y definir sus objetivos.

A partir de la derrota de la izquierda en las elecciones de noviembre de 1933, y más concretamente desde enero de 1934, tras la fracasada insurrección cenetista del mes de diciembre, *El Socialista* emprende la tarea de preparar a las organizaciones, el partido y la UGT, y a las masas para una acción más bien de carácter defensivo ante la prevista total ocupación del poder por parte de las derechas monárquicas acaudilladas por Gil Robles. La tarea, como se observa en los textos que a la sazón publicaba *El Socialista*, estaba orientada en tres direcciones; se trataba, por un lado, de estimular el espíritu revolucionario de las masas y de inculcarles la confianza en las organizaciones; por otro, se intentaba contener su impaciencia y evitar el estallido de acciones aisladas; y, por último, se tendía a poner en guardia a los gobernantes republicanos y al presidente de la República principalmente sobre las consecuencias a que podía llegarse si cedían a las presiones de la derecha monárquica, o fascista, según la terminología que se había adoptado. Cuando aparece *Leviatán*, en mayo del mismo año, la misión que le correspondía consistía en formular la doctrina revolucionaria que fundamentara teóricamente la acción que estaba desarrollando, es decir, que expusiera qué se debía hacer, cómo y para qué, pero no como una respuesta política a la circunstancia, sino como la línea de conducta que debía seguir la clase trabajadora en consonancia con el proceso revolucionario que estaba en curso. Sobre todo, definir y dar contenido a los instrumentos revolucionarios que se necesitaban.

Leviatán sigue, con algunos matices apenas diferenciadores, la orientación de *El Socialista*. En el número de septiembre de 1934, Araquistain escribe en sus «Glosas del mes», refiriéndose a los conflictos del País Vasco y Cataluña: «Gil Robles, o quien quiera emplear una política de violencia con Cataluña, representa la guerra civil. Una guerra civil que traería nuevas y aún más grandes complicaciones, porque la guerra civil en esas circunstancias no se desarrollaría sólo horizontalmente, en la superficie del territorio nacional, sino también verticalmente, en la dimensión profunda de la sociedad española. La guerra civil se complicaría con la guerra social. No lo olviden los que deben saberlo». A juzgar por lo que encierra de advertencia el párrafo, dirigida principalmente al presidente de la República, todavía se confiaba en la voluntad, si no en la capacidad de la más alta institución para contener el empuje, con características de asalto «legal» al Poder, que venían ejecutando las fuerzas políticas reaccionarias. La misma idea se repite en el primer párrafo de las «Glosas» del número siguiente, el que se publica días antes de la insurrección de octubre: «Quien no se percate de que España está entrando en la fase aguda de la guerra civil entre el fascismo

imposibilidad de frenar los impulsos de las masas obreras, intentó, vanamente como es sabido, impedir que las organizaciones se radicalizaran siguiendo el movimiento de las masas. Hay que anotar que este movimiento de las masas de trabajadores, más que adelantarse se había gestado como respuesta al movimiento de signo reaccionario, y no menos difícil de frenar, que se producía entre las masas que se alineaban con las formaciones derechistas. (La imposibilidad de contener el impulso de las masas reaccionarias se reveló durante el «bienio negro», cuando el mismo Gil Robles se encontró rebasado por sus huestes.) En esta situación, la tendencia radical del Partido Socialista —las posiciones de Largo Caballero— no tenía que realizar grandes esfuerzos para contrarrestar las tesis de Besteiro. Fueran o no teóricamente acertados sus argumentos, los caballeristas, al incorporarse a la corriente de las masas, no sólo desplazaron fácilmente a los conservadores del partido sino que dejaron al descubierto la ambigüedad y contradicciones de Prieto, antes impulsado por reacciones temperamentales frente a la circunstancia que por una concepción clara de la evolución de los acontecimientos y una línea de conducta consecuente. Pero, al mismo tiempo, los caballeristas asumían la responsabilidad de encauzar la acción revolucionaria, de proporcionarle un contenido y definir sus objetivos.

A partir de la derrota de la izquierda en las elecciones de noviembre de 1933, y más concretamente desde enero de 1934, tras la fracasada insurrección cenetista del mes de diciembre, *El Socialista* emprende la tarea de preparar a las organizaciones, el partido y la UGT, y a las masas para una acción más bien de carácter defensivo ante la prevista total ocupación del poder por parte de las derechas monárquicas acaudilladas por Gil Robles. La tarea, como se observa en los textos que a la sazón publicaba *El Socialista*, estaba orientada en tres direcciones; se trataba, por un lado, de estimular el espíritu revolucionario de las masas y de inculcarles la confianza en las organizaciones; por otro, se intentaba contener su impaciencia y evitar el estallido de acciones aisladas; y, por último, se tendía a poner en guardia a los gobernantes republicanos y al presidente de la República principalmente sobre las consecuencias a que podía llegarse si cedían a las presiones de la derecha monárquica, o fascista, según la terminología que se había adoptado. Cuando aparece *Leviatán*, en mayo del mismo año, la misión que le correspondía consistía en formular la doctrina revolucionaria que fundamentara teóricamente la acción que estaba desarrollando, es decir, que expusiera qué se debía hacer, cómo y para qué, pero no como una respuesta política a la circunstancia, sino como la línea de conducta que debía seguir la clase trabajadora en consonancia con el proceso revolucionario que estaba en curso. Sobre todo, definir y dar contenido a los instrumentos revolucionarios que se necesitaban.

Leviatán sigue, con algunos matices apenas diferenciadores, la orientación de *El Socialista*. En el número de septiembre de 1934, Araquistain escribe en sus «Glosas del mes», refiriéndose a los conflictos del País Vasco y Cataluña: «Gil Robles, o quien quiera emplear una política de violencia con Cataluña, representa la guerra civil. Una guerra civil que traería nuevas y aún más grandes complicaciones, porque la guerra civil en esas circunstancias no se desarrollaría sólo horizontalmente, en la superficie del territorio nacional, sino también verticalmente, en la dimensión profunda de la sociedad española. La guerra civil se complicaría con la guerra social. No lo olviden los que deben saberlo». A juzgar por lo que encierra de advertencia el párrafo, dirigida principalmente al presidente de la República, todavía se confiaba en la voluntad, si no en la capacidad de la más alta institución para contener el empuje, con características de asalto «legal» al Poder, que venían ejecutando las fuerzas políticas reaccionarias. La misma idea se repite en el primer párrafo de las «Glosas» del número siguiente, el que se publica días antes de la insurrección de octubre: «Quien no se percate de que España está entrando en la fase aguda de la guerra civil entre el fascismo

de Estado —al servicio de las oligarquías capitalistas y muy señaladamente de la territorial, aliada predilecta de la Iglesia— y la clase obrera organizada, entenderá difícilmente los sucesos, tan típicos y sintomáticos, del pasado mes de septiembre. La noción de que estamos en las primeras escaramuzas de la guerra civil nos da la clave de esos sucesos». La descripción de la situación, junto con la advertencia que contiene, en la que se insiste en párrafos siguientes revela que la iniciativa estaba en manos de las derechas, que no se hacían ilusiones sobre la posibilidad de asegurarse el dominio del poder político sin antes desarticular a la clase obrera organizada por los medios que fueren precisos, como se demostraría dos años después. La noción de defensa se reproduce en la misma «Glosa»: «Si la clase trabajadora está armada, no sólo con armas materiales, sino con lo que vale más, con el arma de una voluntad indestructible de tener lo que le corresponde por derecho propio, sin que nadie sea ya capaz de desarmarla, es porque no quiere perecer, por puro instinto de conservación, por un imperativo de legítima defensa que nadie puede discutirle ni arrebatarse».

Aunque en las frases reproducidas sobresale el carácter defensivo con que se había preparado la insurrección de octubre, podría deducirse también el propósito de pasar a la fase bélica del proceso revolucionario, desencadenante en consecuencia de la guerra civil con que se amenaza. Ni en *El Socialista* ni en esos seis primeros números de *Leviatán* se encuentra ningún análisis que permita afianzar dicha deducción. Cuando, libre ya de la censura, en el núm. 21 de *Leviatán*, correspondiente al mes de febrero de 1936, Araquistain estudia la que denomina «revolución de octubre», anota significativamente: «En rigor, ha habido revolución antes de que la dictadura se haya manifestado con toda firmeza, antes de que arraigase en el poder. Ha sido una revolución preventiva, inspirada sobre todo en los fatales ejemplos del socialismo alemán, vencido sin lucha, y del socialismo austríaco, vencido en una lucha tardía. ¿Ha habido precipitación en la revolución española? Sofocada de momento, ¿habrá sido baldía? El tiempo lo dirá». Pero la realidad se descubre en otra frase del mismo texto: «La tensión revolucionaria había llegado a tal extremo que, si no estalla, el proletariado de tendencia socialista hubiera roto sus cuadros sindicales y se hubiera incorporado a los de carácter comunista o anarco-sindicalista». La meridiana claridad de esta frase resume las sucesivas actitudes que fue adoptando Largo Caballero a partir del verano de 1933, las consiguientes posiciones del Partido Socialista y de la UGT, y el papel desempeñado por *Leviatán* hasta su último número publicado. ¿Quién inspiraba a quién? Igualmente se infiere de esa frase, que tan bien reflejaba la realidad, el temor que la marea revolucionaria causaba a buen número de los viejos dirigentes sindicales y políticos, como Prieto, que empeñaron sus esfuerzos en frenar la radicalización, pero con la confusión propia de quienes sólo conjeturaban los riesgos que entrañaba el proceso y carecían de la capacidad para comprender que el torrente que lo arrastraba podía ser encauzado pero que ya no se podía contener. Y no sólo en relación con las masas de trabajadores, sino también con las masas de la reacción.

El análisis de los acontecimientos que se estaban desarrollando, incluso la concepción dialéctica e histórica de todo el proceso, no equivalían por sí solos a una formulación teórica de la acción revolucionaria. Constituían la base indispensable para formular la teoría revolucionaria. ¿Llegó a concebirse tal teoría antes o después de octubre de 1936? Antes, desde luego, no. Así se desprende del artículo citado de Araquistain en el núm. 21 de *Leviatán*. Pero con mayor contundencia lo revela otro artículo de Javier Bueno, publicado en el mismo número y titulado «Qué fue la revolución de Asturias», con un subtítulo elocuente: «Será lo que se quiera que sea». Refiriéndose a la revolución, escribe: «Mantenerla viva es, sencillamente, no cortar el cordón umbilical con la madre que la ha parido. De sobra sabemos qué madre es esa: la unión proletaria, la alianza obrera. Y bien: la alianza es la que comprometen

viejos resabios reformistas, de una parte, y, de otra, nuevas urgencias de justificar desairadas inhibiciones colectivas en el momento preciso. Lo que la clase trabajadora asturiana puede, en rigor, tirar a la cara de otras regiones es que fraguó la alianza obrera auténtica y a punto revolucionario. En tanta polémica agria ha faltado, en verdad, lo más agrio». Fraguaron el instrumento para la acción revolucionaria, de cuya organización, vista con recelos por los dirigentes sindicales y el Partido Socialista y, en principio, rechazada por el Partido Comunista, pendiente como siempre de las órdenes de Moscú, había informado *El Socialista* unos meses antes. Forjaron el instrumento pero no la teoría, como demuestra Javier Bueno en otro párrafo de su artículo: «Esa era la situación de Asturias, y esa en Madrid y en otras partes. Gil Robles en el Gobierno, ¿podía obrar el prodigio de disponer ánimos y anudar voluntades del día a la noche? Pues en la noche del 4 llegó a Asturias el telegrama que fue lumbre a la mecha. Empezó la sangría de Asturias (...). La tierra, ante todo la tierra, se pensó. Pero en ningún bolsillo estaba lo que la previsión parecía natural que hubiese tenido a punto: la fórmula, quizá el decreto ya redactado. En el azoramiento y la perplejidad puede pergeñarse calcando conceptos —es de suponer que generalidades aplicables a cualquier campo— sobre un libro de Lenin. ¿Es simbólico el incidente de que en una revolución social encargada por telégrafo se precisaran improvisaciones sobre el más fundamental de los problemas? Cuando sea posible dar respuestas a preguntas de esta clase, será que ya se sabe mucho». El programa, sin embargo, existía desde el mes de enero cuando, contra la opinión de Besteiro, la Ejecutiva del Partido Socialista tomó la decisión de organizar un movimiento revolucionario. Lo había redactado Prieto, al que se agregaron cinco puntos al parecer elaborados por Caballero, que contenían el plan de actuación, el cual se reducía a la decisión de organizar el movimiento, desencadenarlo en el momento adecuado y, en el caso de triunfar, tomar el poder por parte del Partido Socialista y la UGT. Pero lo más significativo es el comentario de Largo Caballero sobre la exigencia de Besteiro de redactar un programa: «Mi respuesta fue que no tenía inconveniente en acceder, en aras de la importancia del problema que teníamos planteado, aunque la experiencia me había demostrado la inutilidad de programas en esos casos porque las circunstancias eran las que imponían cómo debía procederse» (*Mis Recuerdos*, pág. 135). La revolución, pues, se contemplaba más como una conspiración, que requería lógicamente la declaración de la huelga general, que como una movilización escalonada de las masas, dirigidas por los instrumentos revolucionarios —las alianzas obreras, en este caso— y aprovechando las circunstancias favorables, tal como se deduce de las frases reproducidas de Javier Bueno. En rigor, la primera posición corresponde a la estrategia defensiva adoptada; la segunda surge de la comprensión del proceso revolucionario que había abierto la proclamación de la República, su carácter histórico, y su consciente desenvolvimiento hasta sus últimas consecuencias.

Podría juzgarse a la sazón, tras los resultados de las elecciones del 16 de febrero de 1936, que ya no podía haber dudas ni en cuanto a las perspectivas que se abrían, ni en cuanto a la caracterización de la situación, ni, por consiguiente, en cuanto a la actuación de las organizaciones obreras. Tal enjuiciamiento se deduce también de los análisis de Araquistain. En el trabajo citado sobre la «Revolución de octubre...», expone: «La guerra civil sigue en pie. Todos lo dicen: la deposición de las armas es sólo una tregua (...). Las derechas no han querido que en España hubiera una moderada República liberal y democrática; la réplica ha sido la revolución de octubre. Una revolución que ha empezado, pero que no se sabe cómo ni cuándo terminará. Para una solución media, para una restauración de la República, probablemente es ya demasiado tarde». Más significativo que el texto anterior, escrito en el mes de octubre, son los comentarios sobre las recientes elecciones de febrero: «Hemos citado como efemérides separadas en el tiempo octubre de 1934 y febrero de 1936; pero históricamente son inseparables. La una nace de la otra. Son dos instantes de un movi-

miento social orgánico, dos manifestaciones de un mismo proceso revolucionario. Sin la insurrección de octubre no existiría la victoria del 16 de febrero. Esto es lo que no debemos olvidar nadie, y menos que nadie los republicanos de izquierda. No se hagan engañosas ilusiones sobre los fundamentos del poder que les ha venido a las manos. No hay más que un fundamento: una revolución proletaria, la de octubre. No se figuren que los electores del frente popular han sido una masa republicana que sólo pensaba alegremente en la restauración de la República del 14 de abril de 1931» (L. Araquistain, «Glosas», *Leviatán*, núm. 22, marzo de 1936).

Por supuesto, no bastaba con el reconocimiento de que había un proceso revolucionario en curso. Era lógico que se diera también una respuesta a la pregunta, ¿qué hacer? —parafraseando a Lenin—, que la situación planteaba. La respuesta no era precisamente el frente popular, orientación que obedecía antes a las conveniencias momentáneas de la política exterior soviética que a las necesidades de la situación revolucionaria de España. De aquí la ambigua posición del Partido Comunista y su actuación, dirigida exclusivamente a utilizar el frente popular, en el interior, es decir, en España, para atraerse al sector caballerista del Partido Socialista y alcanzar el dominio de todo el movimiento obrero. El PC intentaba ahora conseguir, mediante el acuerdo con la dirección de las Juventudes Socialistas y, si era posible —que no lo fue—, con los más destacados caballeristas del partido, comenzando por Largo Caballero, lo que no había podido obtener antes con sus campañas de unidad por la base. En rigor, no sólo porque los comunistas tenían poco que aportar a las masas socialistas, ya suficientemente radicalizadas, sino porque no había comunistas en la proporción necesaria, como revelaban las respuestas de los jóvenes socialistas en tantos lugares de España cuando se les hablaba de la unificación de las Juventudes: «¿con quiénes nos vamos a unificar, si aquí no hay comunistas?».

Tal vez, a pesar del costo que había representado para los trabajadores la insurrección de octubre, no se sabía todavía bastante —véase frase de Javier Bueno, más arriba—, o no se habían extraído las enseñanzas ni siquiera de las elecciones de noviembre de 1933. Respecto a éstas dice Araquistain en el texto últimamente citado: «El desastre de 1933 no lo trajo la desunión de republicanos y socialistas, como pretenden algunos ingenuos y otros que se pasan de listos, sino el fracaso revolucionario de los dos primeros años de la República. El pueblo esperaba, por lo menos, una modesta revolución social (...). Si en 1931 los campesinos hubieran empezado por apoderarse de los grandes latifundios feudales, la Reforma agraria no hubiera sido un vergonzoso fracaso. Pero se estuvieron quietos, impregnados también de juridicidad, y en 1933, desilusionados de tanta ineptia parlamentaria, volvieron la espalda a los partidos que gobernaron y legislaron en el primer bienio. Lo mismo hubiera ocurrido si socialistas y republicanos hubieran ido juntos a aquellas elecciones». Encierran una cierta actualidad estas frases. Las situaciones nunca se repiten, es ocioso advertirlo, pero en algunas ocasiones y en algunos aspectos suelen parecerse.

Siguiendo con *Leviatán*, sorprende los elogios que, en sus «Glosas» del número correspondiente al mes de junio, dedica Araquistain al jefe del Gobierno, Casares Quiroga, por haber sofocado con rapidez el pronunciamiento que se produjo en Alcalá de Henares en la madrugada del 18 de mayo. Algunos impacientes oficiales de la guarnición de Alcalá de Henares se habían adelantado en casi un mes a la fecha prevista para la sublevación, aunque luego se retrasara. Es curioso el comentario que al respecto hace Araquistain, ¡y en el número del 1.º de junio!: «Las esperanzas que los no retóricos pusieron en el nombre de acción que es el señor Casares Quiroga están justificadas hasta la fecha. Durante meses se nos ha estado amenazando con el rayo de un pronunciamiento militar. Rara era la noche que no se esperaba su explosión

en las calles de Madrid. Al fin estalló, pero fue en Alcalá...». Araquistain termina aconsejando a Casares Quiroga que «no pierda de vista» al sector del fascismo integrado por los patronos que están provocando las huelgas para crear un clima favorable para «un golpe de mano de las derechas».

Por un lado, las derechas sí habían extraído las enseñanzas de las elecciones de 1933 y de la insurrección de octubre y, sobre todo, de las elecciones del pasado 16 de febrero. Ellas sí estaban convencidas de que no tenían a su disposición más medios que la sublevación militar para recobrar definitivamente el poder político, aniquilar las organizaciones obreras y frustrar la revolución. Sin retóricas. Les había convencido la propia experiencia de Gil Robles, la comprobación de que su respeto por la legalidad constitucional de la República no sería para conquistar y conservar el poder. Los rumores sobre «el pronunciamiento militar» que se esperaba «en las calles de Madrid» no carecían de fundamento sólido. No habían faltado las advertencias basadas en informes seguros. No en meros indicios; en informaciones rigurosas.

Pero no se necesitaban los informes de la actividad conspirativa, que contenían incluso las fechas previstas para la sublevación, para comprender no sólo que la única salida posible a la situación era el enfrentamiento, sino que la confrontación era inmediata. Para las derechas había dos razones decisivas: una era que el retraso de la sublevación daba lugar al fortalecimiento de las organizaciones obreras, que tan maltruchas habían quedado después de la insurrección de octubre, y a la consolidación de su unidad; la otra, que el impulso revolucionario de las masas, que ya rebasaba a sus dirigentes, no tardaría en obligarlos a desplazar a los republicanos del poder, es decir, a hacer la revolución. Si Gil Robles, por los procedimientos legales, no había logrado asegurar la posesión del poder político, era evidente que los republicanos de izquierda no podían ofrecer a las derechas ninguna garantía para contener el avance de las fuerzas obreras. En rigor, no había nadie, ni Prieto, capaz de proporcionar esa garantía. Por lo que respecta a las organizaciones obreras, si se consideran en conjunto hay que advertir que, aunque en algunos textos, como los de Araquistain, dan la impresión de que se habían percatado del significado de las elecciones del 16 de febrero, en la práctica parecían desconcertadas por la situación, perplejas en medio del torbellino que día a día acrecía su fuerza. Contempladas por separado, el Partido Comunista, fiel a la consigna del Frente Popular, sólo pensaba en consolidarlo, en contra de la izquierda socialista que no había dejado de considerarlo como una alianza circunstancial para las elecciones y en sacar la mayor ventaja posible de los impulsos unitarios. En el Partido Socialista si Prieto, por un lado, se esforzaba en vano por frenar la marea revolucionaria, el ala caballerista, por otro, no acertaba a deducir consecuencias prácticas de sus análisis teóricos y de sus estudios sobre el paralelismo supuesto entre la revolución rusa y la española. Los acontecimientos, entre tanto, se precipitaban sin que nadie tomara la iniciativa de adelantarse a la sublevación inminente. Se confiaba en que la huelga general era suficiente para frustrar cualquier intentona militar. En el número de *Leviatán* del 1.º de julio de 1936, un artículo de Ilya Eremburg sustituye a la habitual «Glosa» de Araquistain. La estrategia de lucha de clases, que cabía esperar se pusiera en obra como consecuencia directa de las elecciones del 16 de febrero, ni siquiera expuesta teóricamente aparece en los últimos números de *Leviatán*.

En esta primera etapa, *Leviatán* constituye un valioso, aunque incompleto, testimonio del acontecer nacional e internacional y un intento fallido de elaborar una teoría del proceso revolucionario que se estaba desarrollando en España. Sin embargo, para la generación de 1936, sus páginas representaron unas puertas abiertas hacia un mundo del pensamiento, y de la acción, en el que sólo unos pocos de aquellos jóvenes se habían adentrado con anterioridad a su publicación.

Si nos situamos de un modo imaginario —¿y por qué no?— a una distancia semejante a la que hemos podido adoptar para enjuiciar la primera etapa de *Leviatán*, y desde ese punto —que no es preciso que esté en el futuro ni en el pasado, sino simplemente alejado en el espacio— observamos la etapa presente y la comparamos con aquélla, lo primero que advertimos es que así como la *Leviatán* de los años treinta correspondía a una orientación de pensamiento, mejor o peor precisada, pero que se mantuvo constante, la revista de nuestros días se caracteriza por la dispersión ideológica —lo que no debe confundirse con el manido «pluralismo», ni tampoco con las divergencias críticas—. No se trata de asentar un juicio de valor, que, en rigor, solamente tendría sentido si tuviera un punto de referencia, es decir, si los textos publicados pudieran enjuiciarse con relación a un cuerpo de doctrina dominante, intención que parecía implícita en los primeros números de la revista. Tal dispersión ideológica —anotada sencillamente como un hecho que está ahí— puede representar, quizá, el mayor atractivo de esta segunda etapa de *Leviatán*, singularmente si diera lugar a la respuesta polémica, tan necesaria en un momento en que la vorágine del pragmatismo ha enterrado la teorías.

¹ Utilizo la terminología de la época. Los estudios efectuados en la actualidad han revelado la complejidad de una clasificación del pensamiento de los más destacados socialistas hasta el momento de la guerra civil. Salvo las posiciones siempre incoherentes de Prieto, las de Besteiro, citado como paradigma, o las de Fernando de los Ríos, no sólo no tenían relación con las de Berstein ni, en otro aspecto, con las de Kautski, sino que parecían radicales comparadas con las mantenidas por los socialistas de hoy.